





AMOR DE ULTRA TUMBA

Si la vida es la humana ligadura
que de mí te separa, esposa mía;
si después de la tumba hedionda y fría
encuentra el alma la inmortal ventura;

Si el recuerdo terrestre en ella dura
y el cariño subsiste todavía;
si el sér que nos robó la muerte un día
se recupera en la celeste altura;

Si allí te he de encontrar, como yo
[espero,
cuando la tierra cubra el cuerpo inerte;
si allí te he de querer como te quiero;

Si allí hemos de tener la misma suerte:
si allí me esperas tú, vivir no quiero;
si allí he de ser feliz, venga la muerte.

J. F. SANMARTÍN
Y AGUIRRE

Orla de José Passos.

LUIS BARRILLÓN

YA me parece que oigo exclamar á mis lectores, cuando fijen sus ojos en el grabado de esta página:—¿Qué es esto? ¡Vaya una mamarrachada! ¿En qué pensaban esos señores del PLUMA Y LÁPIZ, al publicar semejante esperpento?

Porque, en realidad, á primera vista no se da uno cuenta de lo que es; ni, considerándolo como la reproducción de un cuadro, merecería tomarse en serio.

Y, sin embargo, el original tiene mucho mérito, y ha sido admirado por el público que, desde hace algún tiempo, viene prodigando alabanzas á su autor.

La prensa local se ha ocupado varias veces de un joven artesano que entró de dependiente en una fonda de la calle Mayor de Gracia, llamada *de la Unión*, y que pronto, gracias á su habilidad muy especial... y á haberle encontrado muy de su gusto la hija de la dueña del establecimiento, pasó de dependiente á principal.

Lleva por nombre el sujeto de referencia, el que encabeza estas líneas, y esa habilidad, que constituye un ingenioso é instintivo artificio, consiste en la confección de cuadros artísticos ó tomados del natural, imitando los diversos elementos de que están compuestos por medio de los más vulgares artículos de uso doméstico; preferentemente, de aquellos que, en su calidad de fondista, le suministra la cocina.



ACTO 5.º DEL DRAMA D. JUAN TENORIO; POR LUIS BARRILLÓN

Pero lo hace con un gracejo tal, con una riqueza de detalles tan relativamente perfectos, que ante el escaparate de su fonda se detienen, siempre que hay exposición, los transeuntes, con igual placer que los *amateurs* del arte permanecen extasiados ante un cuadro de notable firma ó una buena escultura, en el Salón Parés.

Ocasiones ha habido en que las obras de este artista *sui generis*, han sido causa de que la acera de la calle Mayor de Gracia, quedara interrumpida horas y horas, cual si tuviera allí su punto un famoso charlatán ó se celebrara un mitín socialista al aire libre.

La fotografía que aquí reproducimos da una idea aproximada del género especial de trabajo á que dedica sus ocios el joven Barrillón, y en el que no tiene rival; reservándonos para cuando se inaugure el *funicular* al Tibidabo, publicar la vista panorámica, debida á sus habilidosas manos, de que con tanto encomio se ocuparon algunos de nuestros colegas diarios, en la última fiesta mayor de la barriada de Gracia.

Representa la de hoy, el acto 5.º del Don Juan Tenorio; estando los panteones confeccionados con jabón, lo propio que las estatuas, la verja y la puerta. El legendario protagonista tiene formados las piernas y brazos con habichuelas tiernas; las manos, pies y cabeza, con pedazos de zanahoria; el cuerpo y el sombrero, con pimiento colorado; y con médula de nabo la golilla blanca del cuello. Los árboles son pequeños arbustos; huesos de cabrito los flameros; y las llamas lacre encarnado. La luna está figurada por una rodaja de zanahoria; y sus ojos, por dos gotas de cera con una aguja negra de cabeza en el centro de cada una. Las estrellas que brillan en el firmamento son pasta de sopa del mismo nombre.

Dada esta breve explicación, resulta más visible el mérito de la obra, por la cual y por las que hasta al día lleva expuestas, felicitamos cordialmente á su laborioso ejecutante.

* * *



LA JAULA DORADA

HASTA las más lejanas aldehuelas de Alpuente villa situada en lo más agreste de la montaña de Valencia y rayana casi con tierras de Aragón, había llegado la noticia del casamiento de Olegario Satorres, conocido vulgarmente por el apodo de *Dedalito*, sastre de abolengo y, últimamente, secretario del ayuntamiento de la citada villa.

Los *Dedalitos*, mote que los convecinos habían puesto desde antiguo á todos los del linaje de Olegario, por razón de su profesión tradicional de sastres, habían luchado heroicamente con el hambre, ganando con supremas fatigas el duro pan cotidiano, merced á su incansable tarea de cortar sayos y sentar las costuras á los rudos paletos de la montañesa villa.

En el momento en que da principio la acción de este verídico cuento, sólo quedaban de tan larga dinastía, dos hermanos: Primitivo y Olegario. Y de la famosa sastrería no más restaba que el apodo de *Dedalito*; pues Olegario que presumía de señorito, había

contraído matrimonio con una dama cortesana que había ido á pasar el verano á Alpuente, trasladándose ambos á Madrid; y Primitivo, aunque había permanecido en el pueblo, había tomado para ganarse el sustento, otros rumbos distintos al que marcan el dedal y la aguja.

La esposa de Olegario era una mujer guapa, no del todo pobre. Llamábase Elena; y aunque no estaba, en el momento de coronarse con la flor de azahar, en la primavera de la vida, sin embargo, para su marido, que tenía un alma en extremo sensible y era además soñador, resultaba ser algo de lo que había imaginado su fantasía; esto es: la mujer ideal del primer amor.

* * *

Olegario y Elena fueron felicísimos en la noche de bodas. Pero, nada más.

Cierto es que la familia de la novia, en vista de la pobreza del joven, hábale dispensado de poner casa, habiendo adornado ésta con cierto gusto y arte. Cierta, también, que al verificarse el fausto suceso había desplegado un boato deslumbrador, porque así lo requería su buen nombre. En apariencia, aquella boda no podía haberse celebrado bajo mejores auspicios... Novia hermosa y no pobre, inteligente y distinguida... Todo el mundo envidiaba al recién casado.

—¡Qué suerte ha tenido!—decían.

Pero, ¡oh, lectores míos! La suerte de Olegario no era para ser envidiada por nadie.

Desde el día siguiente á la noche de su boda, comprendió el pobre marido su infelicidad. Con la luz del nuevo día se iluminó su espíritu, y distinguió con amargura el porvenir que le esperaba.

Elena, sin dejar naturalmente de ser hermosa, bien acaudalada, discreta y sociable, se convirtió para su esposo en una tirana. Con todo el mundo era amable menos con su marido. ¿Era que éste había cambiado? No, por cierto. Al contrario, hábise vuelto más humilde, más cariñoso, más prudente y servicial. Era ella la que en todo momento gustaba de echarle en cara su superioridad de posición, el dinero que había aportado, las rentas que salían de su patrimonio.

—¿Para qué me habré casado contigo?—exclamaba con frecuencia, —sin tener en cuenta que cometía una grosera injusticia, pues nadie la había obligado á ello, ni Olegario la había engañado fingiendo tener una fortuna que en realidad él no poseía.



Mas como no había ya remedio y, por otra parte, el pobre hombre amaba profundamente á su esposa, sufría resignado su situación y contemporizaba con su cara mitad, la cual le hacía sufrir todo género de humillaciones.

Si algún amigo le criticaba por su mansedumbre, que en verdad era excesiva, Olegario se excusaba con decir:

—No importa. ¡La amo, á pesar de todo!

* * *

Pero aquella casa tan ordenada de cuadros, tan alhajada de muebles, donde nunca faltaba la lumbre en el hogar ni el manjar en la mesa, seguía cada vez más siendo un infierno.

Elena, perdidos con los años los encantos juveniles, agriado su carácter por esas ambiciones frustradas que suelen tener las mujeres cuando les falta el amor, tenía épocas verdaderamente horribles. No permitía á su esposo ningún gasto, le coartaba su libertad y le privaba de la menor iniciativa, hasta el punto de pedirle cuenta de todos sus actos.

Cierto día, Olegario, á pesar del amor que profesaba á su tiránica esposa trató de volver por sus fueros, desconocidos por completo en aquella casa... Y hubo una escena horrible, indigna de personas bien educadas, que pudo muy bien ser trágica y afortunadamente resultó cómica. Estaban comiendo: los platos no fueron á la cabeza, pero fueron al suelo. Pero todo esto eran pequeñas miserias de la vida conyugal que quedaban dentro de casa; para el exterior, sonrisas, elegancias y finuras.

—¡Qué hogar tan delicioso! —decían las personas que los visitaban.—¡Qué habitación tan linda! .. ¡Esto es el paraíso!

Los dos esposos sonreían en silencio y bajaban la cabeza, como dando las gracias.

Un día, llamaron con estrépito á la puerta. Abrieron y se presentó Primitivo, el hermano mayor de Olegario, dando abrazos á todo el mundo.

Mixto en valenciano y aragonés, era de carácter franco, campechano, sencillo, tosco y enérgico.

—Aquí vengo, —dijo á su hermano y cuñada— para que me tengan una temporada, mientras encuentro colocación.

Olegario no opuso dificultad alguna; no así su esposa, en cuyo arrugado entrecejo previó una tempestad tremenda.

Llevó Olegario á Primitivo á ver la casa, gustándole mucho al forastero, que no estaba acostumbrado á aquellos refinamientos del lujo y la ostentación.

—¡Chiquio!—exclamó,—vives como un rey.

—No, —repuso modestamente Olegario.— Esto es un nido bonito; una jaulita dorada nada más.

Momentos después buscó nuestro hombre á su mujer para que hiciese los honores de la mesa; pero Elena no estaba. Se había marchado diciendo á su camarera:

—Di á mi marido que me voy con mi familia mientras ese paleta esté en mi casa.

—¡Demonio! —gritó Primitivo que había oído el recado— ¿No eres tú el amo? ¿Quién manda aquí?

—¡Ay! hermano, —contestó el pobre Olegario suspirando.—Aquí la dueña, porque es la rica, es mi mujer. ¡Yo no soy en esta jaula dorada más que un pájaro prisionero!

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

EL FINAL DE UN VELORIO

No quiera saber el lector si la palabra *velorio* pertenece al número de las apadrinadas por los Inmortales del Areópago que *limpia fija y da esplendor*. A las palabras, dijo muy acertadamente don Mariano de Larra, no debe preguntárseles su procedencia, sino para qué sirven; y como sirven para algo, si ese algo no es confundir y enmarañar las ideas, hay que aceptarlas é incluirlas en el vocabulario, el cual, cuanto más nutrido, tanto más contribuirá á enriquecer la lengua á que pertenece. Existe en la América del Sur la costumbre, piadosa á su modo, de celebrar velorios.

Veamos en qué consiste.

Supongamos, lector bondadoso, que vive usted en Buenos Aires, la más populosa ciudad de la América latina, como podríamos también fijar su residencia en el más apartado lugar de la extensa y despoblada pampa argentina; y supongamos igualmente que, sujeto al fin y al cabo á las leyes de la materia, se nos muere usted el día menos pensado...

¡Casarones!

No, señor, no son casarones; es pura y simplemente una suposición gratuita, que por manera alguna puede alarmarle. Se habla desde el punto de vista hipotético; y, aun cuando no me honro con su trato, ni siquiera le conozco á usted, sabe Dios que el mayor mal que le deseo es que viva largos años, pues se me figura que ha de tener usted su apego á este pícaro mundo, con ser, como es, mansión de no interrumpidas cuitas y zozobras.

Quedamos en que *se nos fué usted*, y dicho está que sus amigos y parientes quedarían llorándole, con lágrimas no fingidas, conforme á continuación se podrá ver. Supuesta ya extendida su partida de defunción, la noche que pasara usted de *cuerpo presente* sería noche de jolgorio y recepción en la casa mortuoria.

A ella acudirán sus amigos particulares, y en general, los de la familia enlutada. Es más: los amigos *directos* se harán acompañar de los *indirectos*, quiero decir, de los suyos; porque sabido es que los asuntos de amistad guardan muchas relaciones. Más todavía: habrá quien no le haya visto á usted en vida; pero en ese día se considerará obligado á hacer acto de presencia, y allá se cuele él, pintada en el semblante la contrición que reclaman las circunstancias, y (aquí del busilis) muy bien dispuesto, ante la perspectiva de un *buen velorio*. En fin, aquello será un verdadero *maremagnum*: la concurrencia enorme; las mujeres, de riguroso luto, los hombres, á su libre albedrío, según lo entiendan y estimen; en una estancia recubierta de fúnebres paños é iluminada por los hachones mortuorios, el féretro, que se *vela* en las estancias inmediatas y en los patios, al aire libre, por un verdadero batallón de deudos, amigos, vecinos, etc., etc. Fórmense grupos: aquí se habla de negocios; de política más allá; en otro, es tema de la conversación la nota mundana, y Cupido mismo halla ocasiones propicias para hacer de las suyas. Para formarse cabal concepto de lo que se viene describiendo, añádase que la gastronomía juega buen papel en estas reu-

nes, donde se rinde culto á la muerte, regalando á la vida; porque un velorio sin cena opípara, ó cuando menos sin repetidos piscobis, no sería completo ni tendría la virtud de dejar bien preparado el ánimo para ir á *velar* en casos sucesivos.

¿Saben ahora los lectores en qué consiste el velorio, en lenguaje criollo? ¿Sí, eh?

Pues, vamos al hecho de autos.

Un día, mejor dicho, una noche, encontrándome accidentalmente en cierto pueblo de la provincia argentina de Santa Fé, asistí á una de esas veladas, motivada por el fallecimiento de un opulento estanciero, nombre con que se conoce allí á los que llamamos ganaderos acá.

Corría el mes de Enero, equivalente, como se sabe, á nuestro canicular Julio. Huelga, pues, decir que, en plena estación de la vida y en medio de una naturaleza exuberante, aquella noche serena brindaba infinitos encantos á los innumerables contertulios allí reunidos.

Transcurrieron las horas nocturnas, y tras ellas llegó la del alba. Y ésta nos pilló en el mejor de los mundos: en el mundo de las satisfacciones proporcionadas por una buena digestión. En esto hay mucha prosa, demasiado realismo, ciertamente; pero es la verdad monda y lironda. En buen estado de salud el estómago es el regulador del pensamiento, y aún puede añadirse del mismo sentimiento.

El muerto hubo de haber dispuesto las cosas de manera tal, que su familia nos trató á qué quieres boca. Si su intención fué llevar á cabo un postrero acto de rumbosidad, pudo acompañarle al otro mundo la seguridad de haberlo realizado plenamente.

Con los primeros atisbos y vislumbres de la luz cenital, la reunión empezó á dispersarse.

Quedamos, sin embargo, un grupo numeroso, esperando hora oportuna para hacer lo que se leerá.

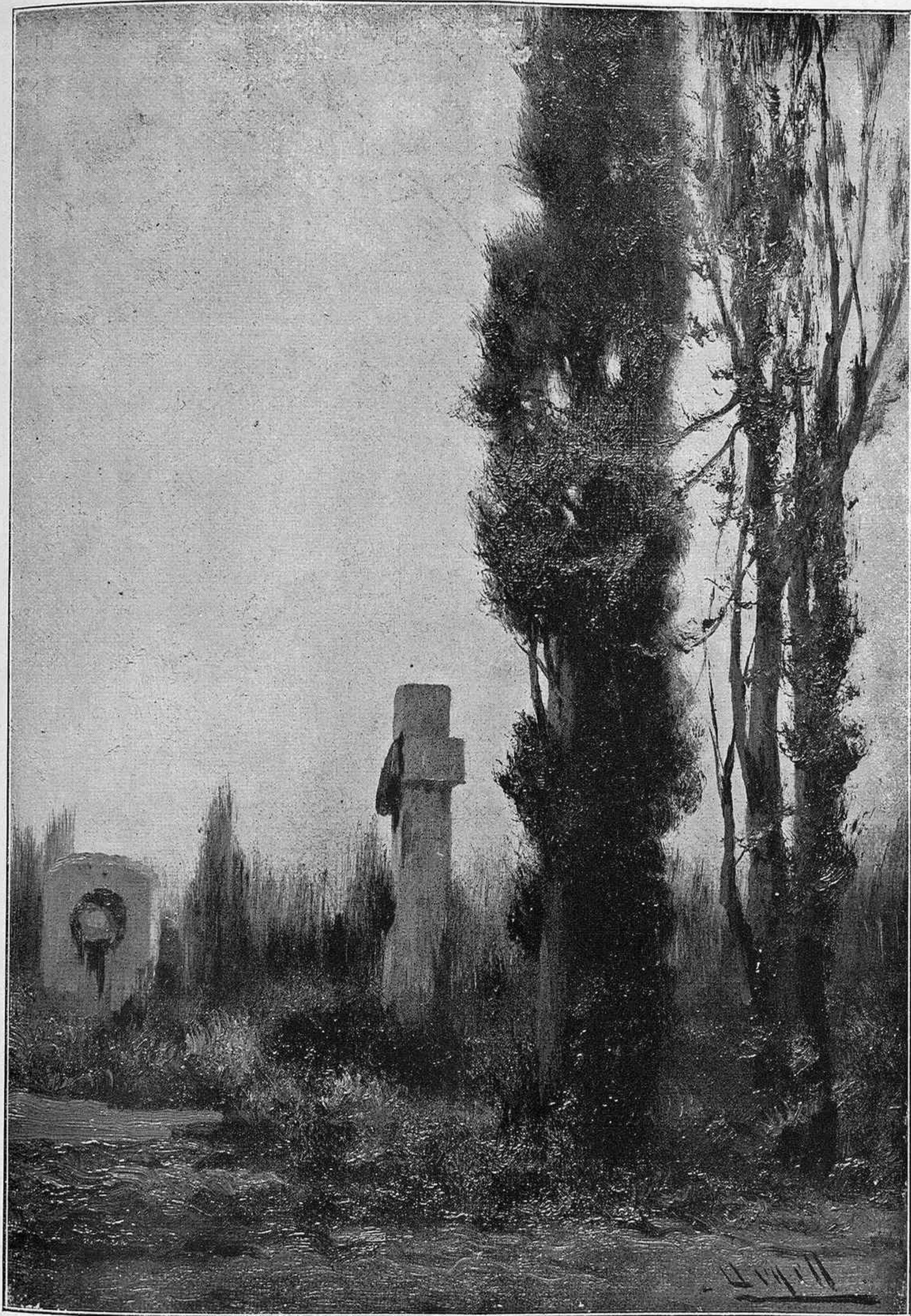
Una viudita, tan guapa como rica, había trabado relación con un apuesto joven español, forastero y de paso, como yo, en la población. Lo que ambos se dirían, allá ellos. Lo que sí sé y recuerdo, es lo presto que llevaron á cabo sus resoluciones; porque, dignos émulos en semejante ocasión de los expeditos anglosajones, en una noche se conocieron, se hablaron, se quisieron y, por fin, resolvieron acabarlo en la Vicaría.

Y en la Vicaría lo acabaron, pocos días después; mas antes hubo de entender en ello el juez de paz, que fué quien los casó civilmente, previos los trámites efectuados aquella mañana.

Habíase apagado la luna que alumbró el velorio del estanciero y nacía la llamada de miel para los desembarazados futuros desposados. Salimos de la casa mortuoria y nos dirigimos á la del representante de la ley.

Lo dicho era lo que quería contar. No hay trama alguna; pero su propia sencillez le da cierto tinte interesante. De todos modos, convéngase en que si aquel *velorio* tuvo atractivos, el mejor y más imprevisto de éstos fué su epílogo.

ANTONIO ASTORT



LA VIDA Y LA MUERTE.

LA ESPUMA DEL ODIO

AQUELLA noche reunía Augusto á todos sus amigos para celebrar solemnemente un acontecimiento, al que aquél daba suma importancia: la inauguración de su casa, espléndida, de soltero millonario y joven que se propone pasar ésta, para otros amarga vida, entre los goces más refinados y la alegría más encantadora.

Augusto tenía veintiocho años, era huérfano de padre y madre, y de éstos heredó cuantiosa fortuna. Expirado el tiempo de luto por su madre, que fué la última que murió, instalóse el joven millonario en un hotel de los mejores de Madrid, apercibiéndose á vivir soltero y libre, sin que esto quiera significar

que dejase de rendir culto á la belleza femenina; antes al contrario, proponíase Augusto saciar sus ojos epicúreos y ejercitar su corazón de escéptico en la flor y nata de las hijas de Eva que se encontrase en cualquiera de las cinco partes del mundo.

—Magnífico hotel, chico.

—¿Os gusta? pues haceos la cuenta de que es vuestro.

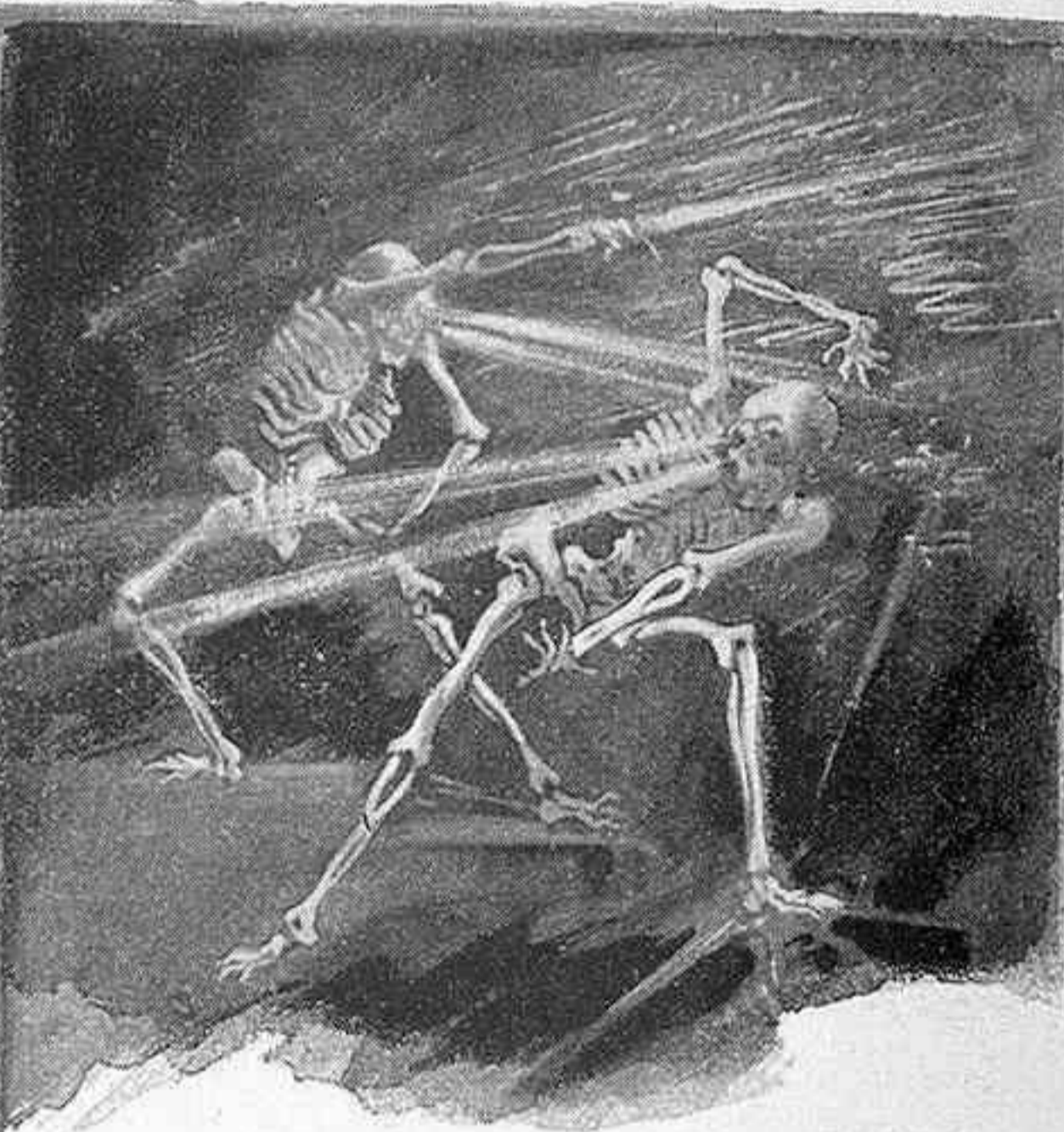
—Gracias. Es un paraíso.

—Protesto. Para ser paraíso, falta lo principal.

—¿Eva?

—Naturalmente.

—Pues tendréis pronto aquí varias Evas, hermosas y alegres; pero no hoy, otra noche.



—¡Bravo, Augusto! Estás inspirado. ¿Cuándo comemos?

—Inmediatamente. ¡A la mesa!

Esta veíase magníficamente dispuesta y servida por irreprochables criados con lujosas libreas.

—¿Qué os parece mi sala de armas?

—Admirable.

—Y muy original, aunque algo fúnebre; mira que esos dos esqueletos frente á frente y empuñando unos sables...

—Pues, he tenido una idea feliz. Eso es vigorizar la muerte dándola energías, aunque aparentes, de vida. El montaje es primoroso, tan primoroso que apenas se advierte.

Comían con apetito sin igual y honraban copiosamente los vinos de la bien provista bodega del anfitrión. Cuando llegó el turno al *champagne*, los alegres taponazos iniciaron una nueva evolución de la alegría, los brindis. Augusto, con la copa coronada de espuma, dijo con vibrante voz:

—¡Amigos! Brindo por el amor, la pasión que no tiene rival en el corazón del hombre...

—¡¡Mentira!!— gritó en la sala de armas, que se

—Y esas, ¿serán anteriores ó posteriores á lo de la manzana?

—Posteriores. Antes sería muy sosa la bellísima primera mujer. Corriendo por las florestas, saltando los arroyos y mirándose en las cristalinas aguas. Tanta belleza ¿para qué sirve? se preguntaría mirando á Adán con tiernas languideces.

—Hasta que la serpiente se encargó...

—De enseñarla á amar y de hacerla más hermosa todavía. Desde entonces cubrió su desnudez haciéndola más adorable y lanzó al mundo un nuevo astro, el beso de amor, que tiene más fuego que todos los soles juntos.

hallaba contigua al comedor, una voz que tenía algo del retumbar del trueno.

Pusiéronse todos en pie, mirándose despavoridos, y preguntáronse á la vez:

—¿Quién está ahí?

Pero el asombro se calmó, porque inmediatamente oyeron un furioso chocar de sables, que tal estruendo producía, como si las armas fueran blandidas por gigantes de homérica leyenda. Por el espacio que dejaba la hoja de la puerta, á medio abrir, veían el fondo obscuro del salón iluminado, á rápidos momentos, que se sucedían vertiginosamente, por las chispas que saltaban de los aceros al entrechocarse en los tajos y estocadas.

Podían apreciar claramente á los dos esqueletos, que á los ojos de los comensales afectaban tener estaturas de colosos, siempre en el mismo terreno, con los pies clavados en la plataforma, sirviéndoles como músculos para el movimiento de avance y retroceso de brazos y piernas, la ingeniosa armazón de acero que articulaba las brillantes osamentas. Las tráqueas rígidas, sostenían las calaveras con fiera altivez, y por los huecos de los ojos salían relámpagos fosforescentes.

Aquello era espantosamente extraño, el poema del odio rebotando más allá de los linderos de la vida, más que en ella trágico y poderoso, como si el tiempo lo alimentara y se agrandase con la muerte. El combate se prolongaba. Augusto y sus amigos seguían las peripecias del lance macabro sin pestañear y conteniendo la respiración. De pronto, vieron brillar un sable en alto y oyeron un terrible golpe seguido del choque de un cuerpo duro al caer en la plataforma. Después silencio de muerte; el duelo había terminado.

Augusto entró decidido en la sala, tocó el resorte de la luz eléctrica y el recinto quedó profusamente iluminado.

—Venid, venid, —dijo á sus amigos que se precipitaron en tropel.

Tendido boca arriba, con el cráneo hecho pedazos, vieron á uno de los esqueletos. El otro estaba de pie en airosa actitud, conservando la guardia.

—¡Gloria al vencedor! —gritó Augusto con voz estentórea.

—¡Gloria! —repitieron todos.

—El odio es el rival del amor, eterno como éste y triunfador ahora. Brindemos por el odio que ha sabido sostener los fueros de la vida allende la muerte. Después que tales palabras hubo pronunciado,

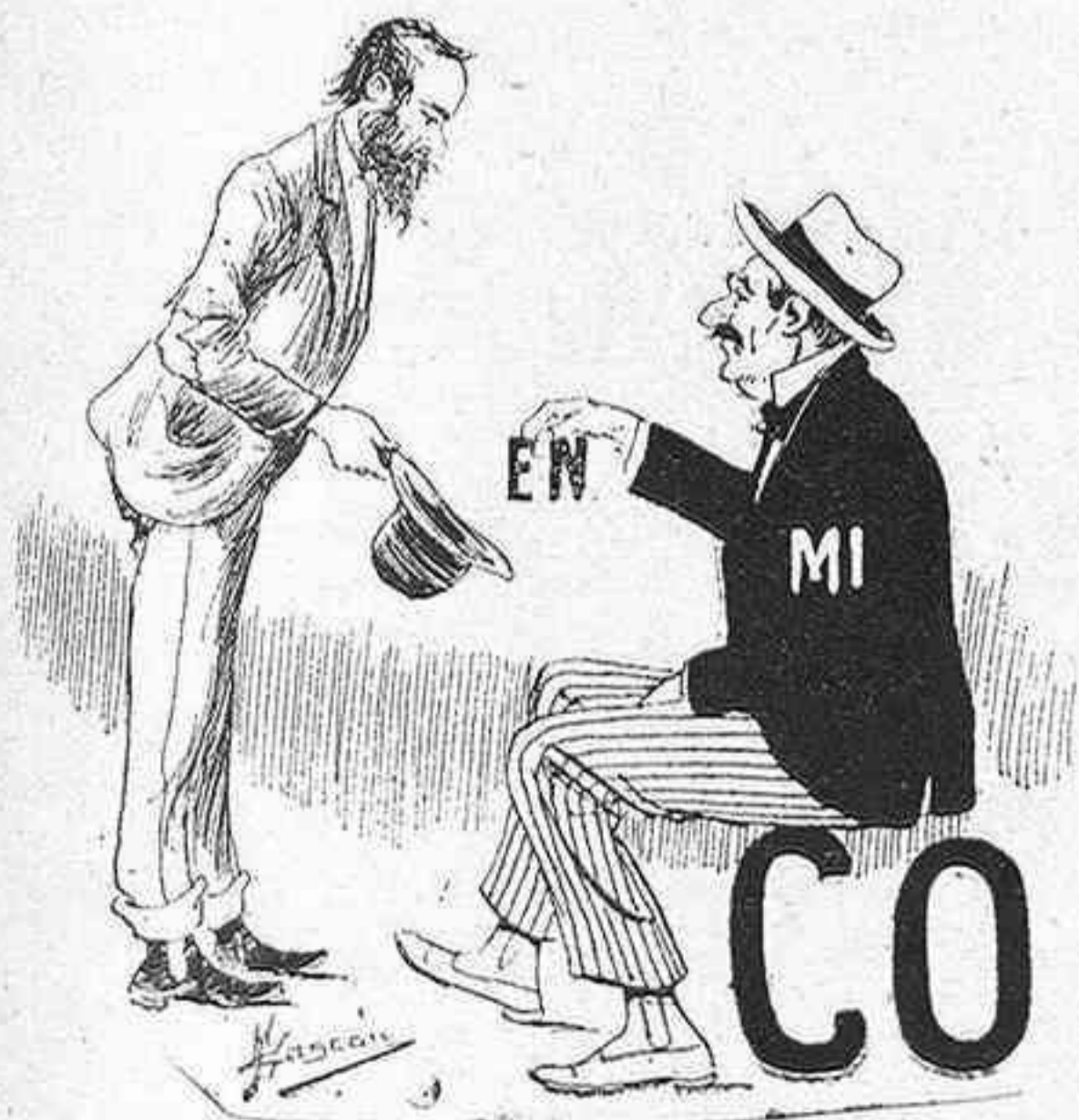


Augusto llenó las copas que se entrechocaron, rebosantes de espuma, y con deleite se apuraron. Era la espuma del odio, que saboreaban los labios de la juventud con igual entusiasmo al que sentían por el amor.

M. FERRER Y LALANA

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO



SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 51.

Jeroglífico. — Defensor.

Charadas eléctricas. — Avelino. Opera.

Criptografía. — María Guerrero.

Jeroglífico comprimido. — Camila.

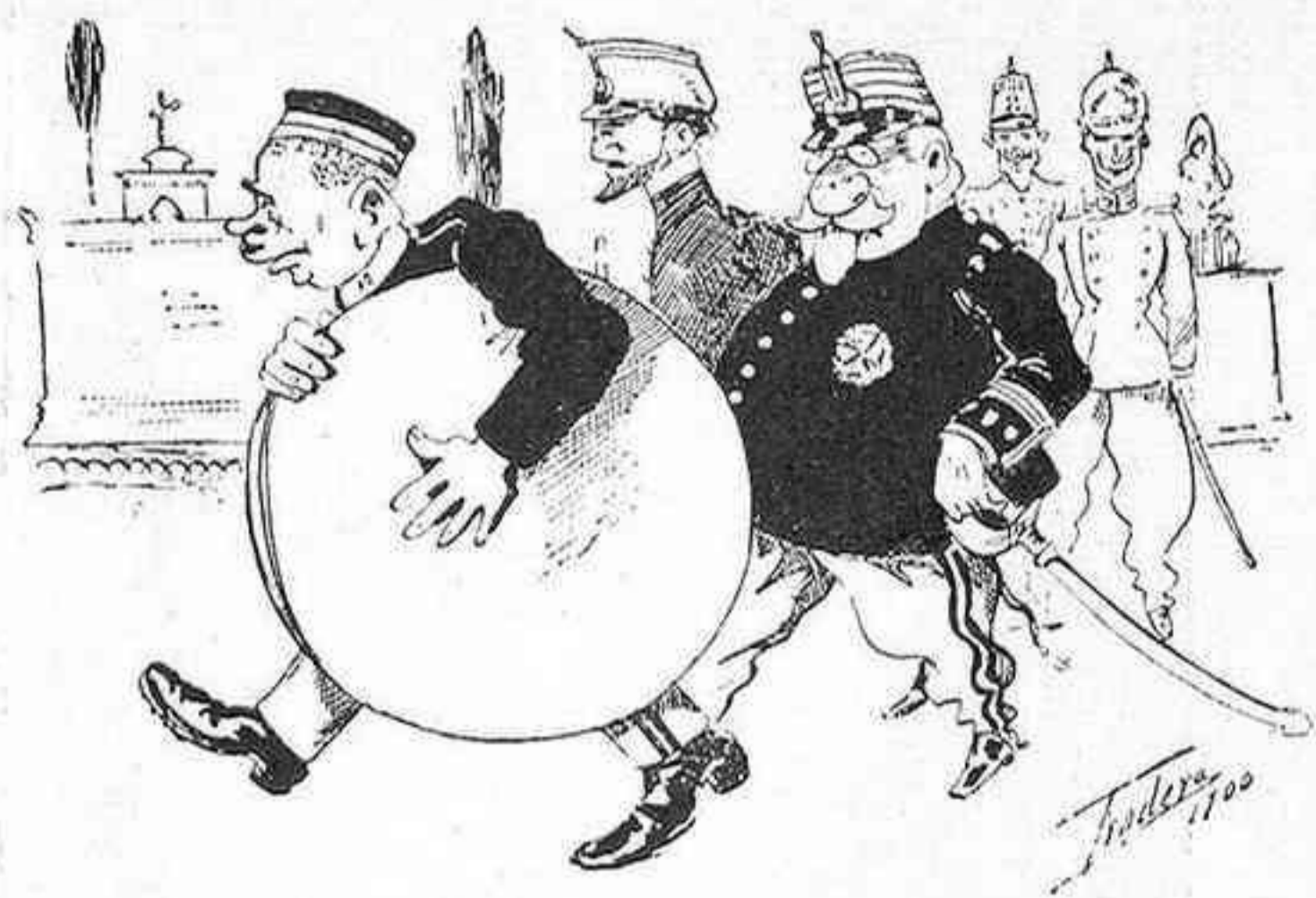
Acróstico.

F	R	A	S	C	U	E	L	O
C	A	R	A	A	N	C	H	A
V	I	L	L	I	T	A		
R	E	V	E	R	T	E		
L	A	G	A	R	T	I	J	O
	F	A	I	C	O			
	L	I	T	R	I			
	P	A	L	O	M	A	R	

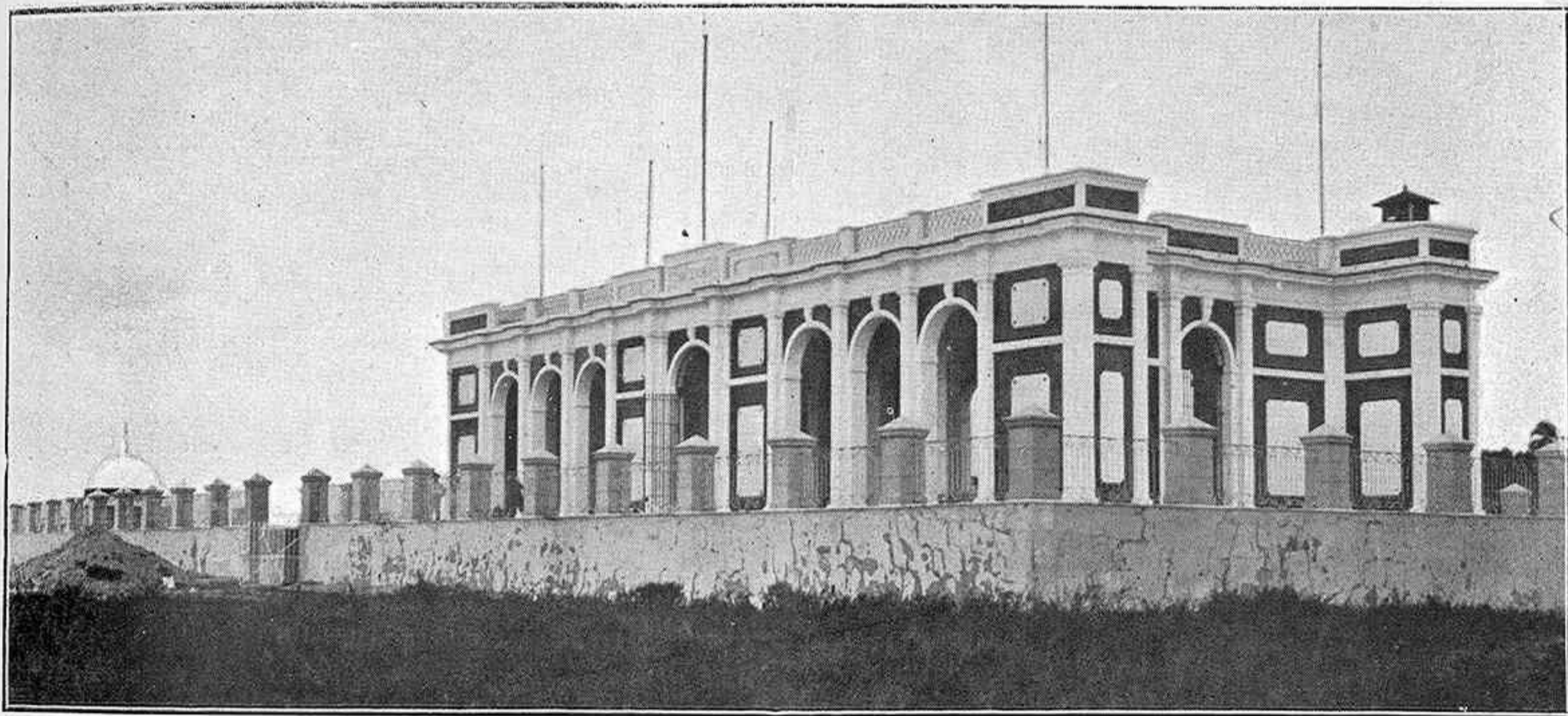
Jeroglífico. — Reverte.



—Y ésta, ¿cuánto vale?
 —Doscientas pesetas.
 —¡Córcholis!... Perdona, pero no quiero gastar tanto... Se trata de la que fué mi mujer y... ya comprenderá usted...



—¿A dónde van ustedes?
 —Pues á depositar una corona de Real orden, —á cuyo efecto se han nombrado comisiones entre los cuerpos de la guarnición, — para perpetuar la memoria del invicto general don León de la Fuente del Berro, que con tanto aplauso nos amoló varias veces.

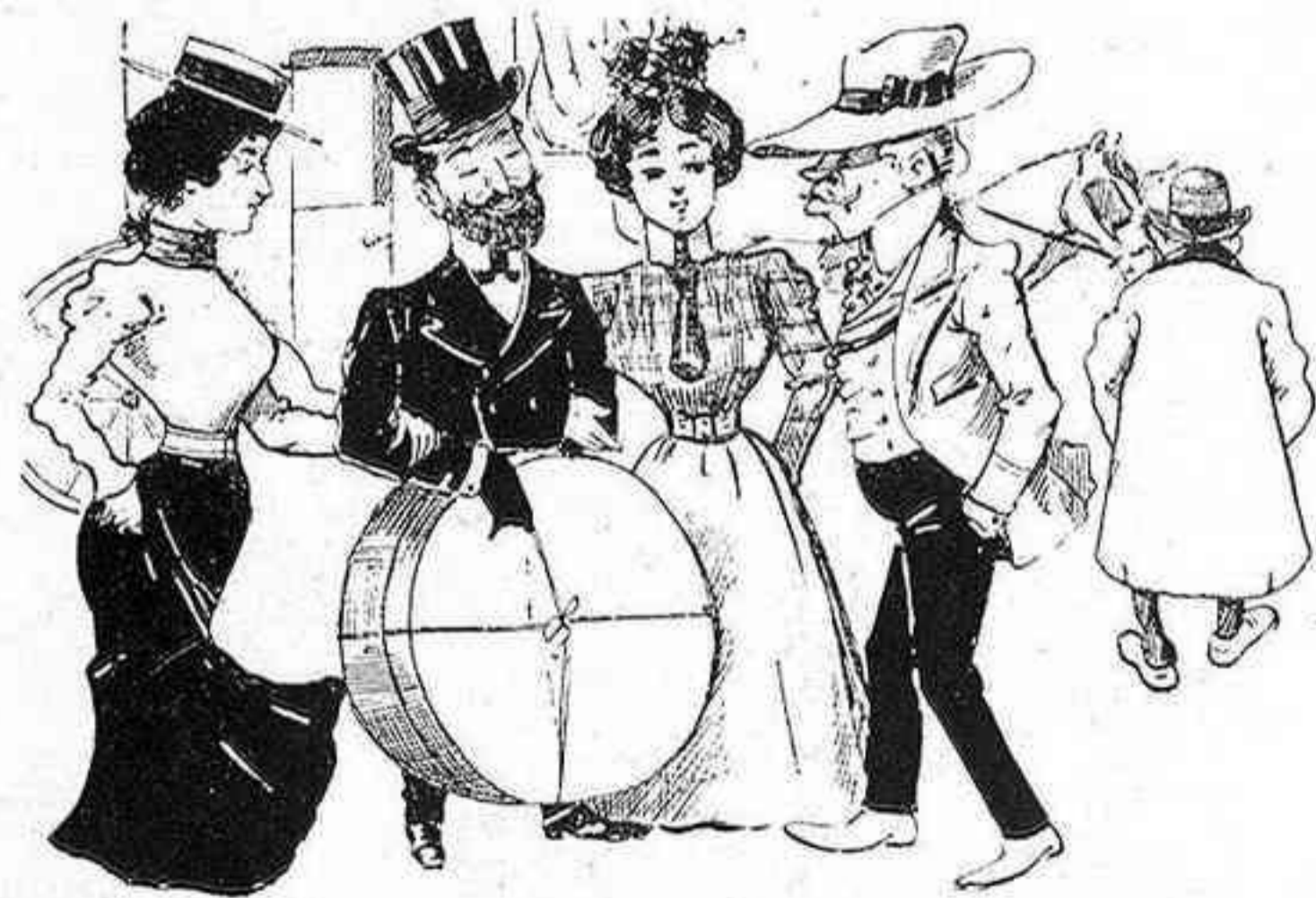


OFICINAS DEL «CANAL DE ALBEAR» (Habana).

Fot. R. Corral Martinez.



—¿Ande vais vosotros por estos endurriales?
 —Pues ésta que *sa empeño* en visitar al que fué su *arrimo de denantes*. Estaba *decidía* en traerle una corona, mas como yo sé lo que al difunto le gustaba el Valdepeñas, la he *convencio* de traer una bota de él. Se la enseñaremos y nos lo beberemos yo y ella después.



—¿Tú por aquí, Ricardo?
 —Ya ves: vengo con *estas* á llevarle una corona al que fué mi querido é inolvidable tío. Gracias á él, puedo darme el pisto de venir tan bien acompañado y correr después una juerguecita en cualquier restaurant. Si te seduce la idea, te agradeceremos nos acompañes, Isidorito.

COLECCION AMBOS MUNDOS

LA BOHÈME

ESCENAS DE LA
VIDA BOHEMIA
DE
EMÜRGER



Cartel publicado por la casa editorial B. Castellá. — Barcelona.

SERIE I.^a

NÚM. 53